

La vida de entre los muertos

«Os transmití, en primer lugar, lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras». 1 Corintios 15:3,4

La Biblia, de principio a fin, presenta una doctrina que no se encuentra en ningún otro lugar: que habrá una vida futura para los muertos a través de la resurrección. Todos los escritores inspirados por Dios expresaron su confianza en el redentor. Además, declararon que «por la mañana», cuando Dios llame a la humanidad desde la tumba, ellos saldrán, y los impíos ya no ejercerán dominio sobre la tierra. El salmista nos dice: «Como ovejas son puestos en la tumba; la muerte se alimentará de ellos; y los justos tendrán dominio sobre ellos por la mañana» (Salmo 49:14). La «mañana» traerá dominio a los justos, pero también liberará a todos del poder de la tumba. Los profetas también enseñaron la resurrección de los muertos, y los escritores del Nuevo Testamento basaron en ella todas sus esperanzas de una vida futura y de bendición. El apóstol Pablo escribió: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; aún estáis en vuestros pecados. Y también los que durmieron en Cristo perecieron». 1 Corintios 15:16-18

La resurrección de nuestro Señor

Pablo habló del poder de Dios en relación con la resurrección de Jesús de entre los muertos: «¿Cuál es

la e y sobremanera grande de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, que hizo en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales». (Efesios 1:19,20). El propio Jesús predijo su muerte y posterior resurrección a sus discípulos, diciendo que «debía ir a Jerusalén, y sufrir muchas cosas de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día». Mateo 16:21

La resurrección de Jesús fue más que un despertar del sueño de la muerte. Fue su exaltación al plano más elevado de la vida en todo el universo: lo divino. La posición resucitada de Jesús ha sido descrita así: «Por encima de todo principado, y potestad, y poder, y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este mundo, sino también en el venidero; y [Dios] ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y le ha dado a él por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo en todos». «Y él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; él, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia». Efesios 1:21-23; Colosenses 1:18

Aunque no podemos comprender el poder que implica un acto tan poderoso como este, podemos y debemos regocijarnos en las muchas garantías de la Biblia de que este mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos se ha comprometido a ayudarnos en todo momento de necesidad. Este poder de Dios nos es proporcionado en proporción a nuestra fidelidad al entregar nuestras vidas como compañeros de sacrificio con Jesús. Es a este importante pensamiento al que se refiere Pablo cuando dice: «Y,

en verdad, todo lo considero pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las considero como basura, para ganar a Cristo». (Filipenses 3:8). A continuación añade: «Para que le conozca [a Jesús], y el poder de su resurrección, y la comunión de sus padecimientos, siendo hecho conforme a su muerte; si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos». Filipenses 3:10,11

El gran poder de Dios nos da la fuerza necesaria para entregar nuestras vidas si nos ofrecemos a él cada día como sacrificios vivos (Romanos 12:1). El Señor no utiliza su poder para obligar a su pueblo a cumplir su voluntad. Si muestran disposición al sacrificio, él les brinda la oportunidad y la fuerza necesaria para soportar las pruebas que puede conllevar la obra purificadora de su aceptación. El apóstol Pedro expresó la secuencia correcta de pensamiento con respecto a este asunto. Escribió: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros». 1 Pedro 5:6,7

El discurso de Pablo

Pablo nos ofrece un discurso completo sobre la resurrección en su carta a los hermanos de Corinto, en 1 Corintios 15:12-28. En primer lugar, demuestra que la fe en la resurrección forma parte de la doctrina cristiana, sin la cual todo el entramado de la creencia cristiana carecería de valor. (1 Corintios 15:12-19). En segundo lugar, tras haber demostrado la doctrina, muestra que la resurrección de nuestro Señor es la garantía de Dios de una resurrección para toda la raza

humana, por la cual Cristo murió. (1 Corintios 15:20). Continúa demostrando este hecho y su razonabilidad diciendo: «Puesto que por un hombre vino la muerte, por un hombre vino también la resurrección de los muertos». (1 Corintios 15:21). Por el hombre Adán vino la muerte a toda la familia humana, así que por el hombre Cristo Jesús la bendición de la resurrección se pone a disposición de todos.

Es importante señalar que, aunque la resurrección plena a la perfección está disponible para toda la creación humana, no por ello todos obtendrán la bendición de la vida eterna que se ofrecerá bajo la administración del reino de Cristo de verdad y justicia. La vida eterna es solo para aquellos que superen con éxito un período de pruebas y tribulaciones para demostrar su dignidad bajo las condiciones justas del reino. Todos los que pongan su fe y confianza en Cristo, y desarrollen un carácter de corazón semejante al suyo, serán «vivificados». Recibirán la vida humana eterna. Esto es lo que significan las palabras del apóstol: «Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». (1 Corintios 15:22). Todos los que superen con éxito las pruebas de carácter y obediencia a la ley divina tras su despertar de la muerte recibirán la plenitud de esta promesa.

Lo que sobresale

Como se citó anteriormente, Pablo escribió que consideraba «todo como pérdida» para poder conocer el poder de la resurrección de Jesús. Sin duda tenía en mente el poder del Padre Celestial que está a disposición de su pueblo al entregar sus vidas en sacrificio con Jesús, y el uso posterior de ese poder

por parte de Dios en favor de la iglesia en la «primera resurrección». Revelación 20:6

Todas las ventajas actuales de la salud, la comodidad, el prestigio o el gozo mundano no serán nada en comparación con la gloria espiritual. Debemos, como lo hizo Pablo, considerar todo lo demás de poco valor al pensar en lo que se ha prometido a todos los que han sido llamados a un honor tan elevado. Sin embargo, tal honor solo puede ser nuestro si tenemos comunión en los sufrimientos de Cristo ahora. Como dijo el apóstol: «Lo que para mí era ganancia, lo consideré pérdida por Cristo». (Filipenses 3:7). Si somos fieles, experimentaremos el gran poder de Dios para resucitarnos de entre los muertos en la primera resurrección y exaltarnos a su diestra con Cristo. (Revelación 3:21). Así, la herencia futura de la iglesia fiel será una de gloria, «la gloria que sobresale». 2 Corintios 3:10

Aflicción leve

Al escribir sobre este tema, Pablo nos dice: «Nuestra leve tribulación, que es solo por un momento, nos produce un peso de gloria mucho más excelente y eterno; mientras no miramos a lo que se ve, sino a lo que no se ve; porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno». (2 Corintios 4:17, 18). Aquí el apóstol nos muestra que solo aquellos que se han entregado plenamente a Dios comprenderán y apreciarán este llamamiento celestial en Cristo Jesús. Hablando de lo que Jesús nos proporciona, Pablo afirmó además: «A quien Dios presentó como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia por la remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios; para manifestar, digo, en este tiempo su justicia: a fin de

que él sea justo y el que justifica al que cree en Jesús». Romanos 3:25,26

El apóstol Pablo nos muestra que habrá un orden que seguir con respecto a la resurrección. Después de decir que a «todos» se les dará la oportunidad de ser «vivificados», afirma lo siguiente: «Pero cada uno en su propio orden: Cristo, el primer fruto». (1 Corintios 15:23). La clase de los primeros frutos, los miembros fieles del cuerpo simbólico de Cristo, serán los primeros en orden y rango. (1 Corintios 12:12,27). Si son fieles al asociarse con Cristo mediante el sacrificio durante esta vida presente, formarán parte de la clase de los «primeros frutos». «¿No sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, somos sepultados con él por el bautismo en la muerte; para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección». Romanos 6:3-5

La llamada a formar parte de la clase de los primeros frutos comenzó hace siglos, cuando nuestro Señor Jesús —la cabeza de la iglesia— resucitó de entre los muertos. De hecho, él fue el «primero» y el de mayor rango entre los primeros frutos. Desde entonces, un «pequeño rebaño» de creyentes ha participado, por fe, en el sacrificio del Redentor. Estos se han consagrado, o dedicado, al Señor y se han convertido en coherederos con Cristo. De ellos, Pablo escribió: «Si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados

juntamente con él». «Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa». Romanos 8:17; Gálatas 3:29

Consolados por Dios

Aquellos que se esfuerzan por pertenecer a la clase de los primeros frutos han sido motivados a seguir este camino por las muchas y preciosas promesas de Dios. «Ahora bien, si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él». (Romanos 6:8, 9). Este es un ejemplo más del gran poder del Padre Celestial. Este poder, relacionado con la resurrección de nuestro Señor Jesús, nos fortalece contra todo ataque e e del adversario. Reemplaza el miedo por valor y da fuerzas renovadas a los cansados. Al mismo tiempo, sin embargo, el poder de Dios no nos aísla de nuestras pruebas y experiencias necesarias, ni nos libra del sufrimiento por causa de la justicia. (1 Pedro 4:12-16). Más bien, nos ayuda a esperar en el Señor y a perseverar con paciencia hasta el fin. Mateo 24:13

Esta es, en verdad, la bendita esperanza y la herencia de todo el pueblo de Dios que desea seguir caminando tras las huellas de nuestro amado Señor Jesús. Estas fueron selladas por el «espíritu santo de la promesa», que por la Palabra y la providencia de Dios da testimonio de que son «aceptados en el Amado». (Efesios 1:13, 6). Atesoremos estas promesas: «Todos los que son guiados por el espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da

testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». Romanos 8:14-16; 1 Juan 3:2

La resurrección de entre los muertos de los primeros frutos, el jefe y el cuerpo de la clase de Cristo, no es más que la primera fase del cumplimiento de la promesa de una vida futura para la humanidad por medio de la resurrección de los muertos. La promesa divina es que «habrá una resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos». (Hechos 24:15). Cristo «destruirá todo dominio, autoridad y poder» para enseñar justicia, verdad y amor a todas las personas. «Porque él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». 1 Corintios 15:24-26

Un levantarse de nuevo: la recuperación

En la Biblia, la palabra «resurrección» solo se encuentra en el Nuevo Testamento. Es una traducción de la palabra griega anastasis, que significa «levantarse de nuevo», «recuperación», «resucitar». Se utilizan otras palabras griegas cuando se hace referencia al despertar temporal de aquellos que habían sido milagrosamente despertados de la muerte, pero que posteriormente volvieron a morir. Este fue el caso del levantamiento de Lázaro y otros, en los que no se utiliza ni la palabra griega anastasis ni su equivalente en español «la resurrección». Véase Juan 12:1.

El «rescate para todos» dado por nuestro Señor aseguró la oportunidad de la resurrección plena [anastasis] para todos (1 Timoteo 2:5, 6). Definir la resurrección como algo que solo significa un despertar a una vida breve para volver a morir sería limitar el poder de Dios, así como su plan para la humanidad. El verdadero significado de la palabra contiene la idea de la restauración plena de todo lo que se perdió. La humanidad perdió la perfección humana y ha estado en una espiral descendente que ha llevado a la decadencia moral, la enfermedad, el dolor y, en última instancia, la muerte. Nuestro Señor Jesús murió para recuperar todo lo que se había perdido, y la promesa de la resurrección es, por lo tanto, la promesa de la restauración de lo que se perdió y luego fue redimido. Lucas 19:10

Para apreciar toda la fuerza de la palabra anastasis, que apunta a la restauración o al levantamiento, debemos recordar hasta qué punto ha caído el hombre. La restauración plena, que ha sido asegurada para la humanidad por su redentor, será una recuperación plena y completa de todo lo que se perdió. Ciertamente, se perdió la vida, pero junto con ella vino toda la degradación que la acompañaba — mental, moral y física— que culminó en la disolución total, es decir, la muerte. A través del sacrificio voluntario y la posterior resurrección del Salvador del mundo, nuestro Señor Jesús, todos los dispuestos y obedientes de la familia humana disfrutarán de la resurrección an , elevándose a las grandiosas alturas de la perfección y a la imagen y semejanza de Dios, bajo la administración justa de la clase de Cristo, cabeza y cuerpo, durante el reino mesiánico.

Regreso a la perfección

El reino milenario de Cristo será el día de la resurrección para la humanidad (Revelación 20:4, 6). Sin embargo, no se obligará a la humanidad a alcanzar la gran perfección mental y moral que Cristo pone al alcance de todos. Cuando los muertos resuciten de la tumba, tendrán que cooperar y participar en los asuntos relacionados con su propia resurrección a la perfección. En la tumba no ha habido oportunidad de hacer esto. Como nos dicen las Escrituras: «Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo con todas tus fuerzas; porque en la tumba, adonde vas, no hay obra, ni proyecto, ni conocimiento, ni sabiduría» «Porque en la muerte no hay memoria de ti; ¿quién te dará gracias en la tumba?» Eclesiastés 9:10; Salmo 6:5

Leemos en Juan 5:28, 29: «Llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su [de Jesús] voz y saldrán: los que han hecho lo bueno, a la resurrección de vida; y los que han hecho lo malo, a la resurrección de juicio». ¡Qué bendita confirmación, que todos los que están en sus sepulcros serán despertados en la resurrección de los muertos! Habrá dos clases que serán despertadas, y en condiciones diferentes. Como ya hemos señalado, aquellos plenamente consagrados que son fieles hasta la muerte, saldrán de la muerte a una vida celestial perfecta. Recibirán la naturaleza divina sobre la cual la muerte ya no tendrá ningún poder ni control. Revelación 2:10; 2 Pedro 1:4

El resto de la humanidad será despertada para un juicio, o período de prueba, durante el cual tendrán la oportunidad de un pleno levantamiento y recuperación del pecado y la muerte. Deberán ajustarse a las

instrucciones de ese día de juicio de mil años. Tendrán las mejores condiciones para aprender del Padre Celestial a través de la guía de Cristo, cabeza y cuerpo. El profeta ha escrito: «El desierto y el lugar solitario se alegrarán por ellos; y el desierto se regocijará y florecerá como la rosa. ... Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y se destaparán los oídos de los sordos. ... Y habrá allí una calzada, y un camino, y se llamará El camino de la santidad; ... Y los redimidos del Señor volverán y vendrán a Sion con cánticos y alegría eterna sobre sus cabezas; obtendrán gozo y alegría, y el dolor y el suspiro huirán». Isaías 35:1, 5, 8, 10

Este maravilloso pasaje de las Escrituras revela cómo la tierra será llevada a la perfección que Dios había diseñado para ella. La tierra volverá a ser un hogar alegre y un hermoso paraíso para la humanidad. El reino del Mesías no solo elevará a la humanidad, sino que también traerá bendiciones de perfección a la tierra. Dios ha previsto todas las necesidades de su plan y proveerá ampliamente para todas las necesidades de su creación humana. Ha prometido liberar a la humanidad del poder de Satanás y de su influencia cegadora. Revelación 20:1-3

Las bendiciones del reino de Cristo abrirán finalmente los ojos de los ciegos, tanto física como simbólicamente. Toda ignorancia, prejuicio y superstición serán eliminados. Todos llegarán a un conocimiento exacto de la Verdad relativa al carácter y los atributos divinos, y especialmente al amor de Dios. En consecuencia, el verdadero conocimiento del Señor llenará toda la tierra «como las aguas cubren el mar». (Isaías 11:9). No solo se sanarán los cuerpos de las personas, sino que también sus mentes y

corazones serán liberados de la esclavitud del pecado. Este es el objetivo y la gran obra del reino mesiánico. Una vez establecido el reino, las bendiciones de paz, alegría y vida comenzarán a fluir hacia todas las personas. Nos regocijamos de que Dios tenga un plan para el mundo entero, que incluye el fin de todas las cosas que han separado a la humanidad de su amor. «No enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande». Hebreos 8:11

Juan el Revelador contempló estas condiciones en una visión y dijo: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y ya no había mar. Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía de Dios del cielo, preparada como una novia adornada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía: “He aquí, el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas». Y me dijo: «Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles». Revelación 21:1-5

La humanidad volverá a tener dominio sobre la tierra y podrá vivir en paz y alegría para siempre. Todos habrán aprendido plenamente las lecciones basadas en las palabras de Jesús, quien dijo: «Amarás al Señor tu Dios con to , con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. ... Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Marcos 12:30, 31

El amor es la gracia principal que la humanidad tendrá que aprender y poner en práctica. «El amor es el cumplimiento» de la ley de Dios. (Romanos 13:10). Todos los que deseen vivir para siempre en una tierra perfecta tendrán que alcanzar este amor. Esta marca de carácter, que la ley de Dios establece como condición para la vida, es la del amor perfecto. En última instancia, esta ley debe gobernar a todas las criaturas inteligentes de Dios que obtendrán la vida eterna. Cuando el hombre sea completamente restaurado a la imagen de Dios, cada persona lo amará a él, a su amado Hijo y a toda la hermandad de la humanidad.

Cuando murió Lázaro, Jesús quiso consolar a su afligida hermana Marta. «Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta le respondió: “Sé que resucitará en la resurrección, en el día final”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás”». (Juan 11:23-26). Con expectación, esperamos con ansias ese momento en que estas sinceras palabras se cumplan plenamente en cada persona de toda la tierra.